FRANCISCO ORTIZ.

A SANTIAGO TLALTELOLCO.

Allí estás tú, coloso formidable,
El poder de los siglos desafiando,
Sin temor de que el tiempo te carcoma
Y te obligue á caer desmoronado;
En tus potentes muros de granito
El embate rechazas de los años,
Sin resentir, como invencible atleta,
De esa gigante lucha los estragos.

***

¡Oh templo colosal! tú me recuerdas
Las épocas más tristes del pasado;
Al contemplar tus imponentes muros
Ennegrecidos por el tiempo cano,
Recuerdo que los hijos de la España,
Que te formasen donde estás mandaron.

***

Pensando en ellos, por la mente mía,
En confuso tropel, ensangrentados,
Miro pasar los héroes que en la lucha,

Como leales y buenos, disputaron
Con el valor supremo de los libres
La que fuera su patria, palmo á palmo,
En los rudos combates pereciendo
Antes que el yugo soportar de esclavos.

***

¿Y qué fué de esos héroes? ¿qué nos resta
De esos batalladores denodados,
Que siendo imperturbables en las lides
No temieron jamás á sus contrarios?
¿Qué nos resta ¡oh dolor! de los valientes
Que en el marcial y sangrentoso campo,
Sin temblar, en el pecho recibian
Como ínclitos guerreros esforzados,
La candente y mortífera metralla
Que les mataba como mata el rayo?
¡Murieron con valor unos tras otros,
Y los siglos tras siglos caminando
Su memoria no más nos trasmitieron,
Que muchos ni su nombre nos legaron.....!

***

Venció el león, y bajo el férreo yugo,
Los desgraciados indios con sus brazos,
Donde te sientas majestuoso y regio
En su martirio horrible te formaron;
Y tú escuchaste el són de las cadenas
Del infelice pueblo conquistado;
Tú le viste sufrir en su desgracia
El despotismo atroz de los tiranos,
Y tú, mudo testigo, los miraste
Morir en sus faenas de cansancio,
Corriendo por sus pálidas mejillas
De su ignominia el vergonzoso llanto:
Y tú viste tambien á los caudillos
Cuya vida acabó sobre un cadalso

Porque en su luto quebrantar quisieron
La férula de hierro del tirano.
Y escuchaste impasible los gemidos
Del infelice pueblo subyugado
Que de rey y señor de este emisferio
De otra nación se convirtió en esclavo.

***

De estas fatalidades horrorosas
Eras testigo tú, cuando de Hidalgo
Miraste los reclutas batallones
Frenéticos de cólera peleando
Por conquistar la libertad perdida,
Por destrozar el yugo torpe, infando,
Que en la cerviz vencida de la patria
Pusieron ¡ay! aborrecibles hados.
Presenciaste tambien la horrenda lucha
En que han peleado hermanos contra hermanos:
Presenciarás tranquilo á los que vengan,
E irás en su memoria despertando
Los terribles recuerdos que aun existan
De la sangrienta historia del pasado.

***

Queda en paz, templo augusto, en tu silencio
El poder de los siglos desafiando,
Sin temer por tu vida, que tu suerte
Es vivir y vivir. El tiempo airado
Te sabrá respetar..... ¡Oh, si pudiera
Ser como tú! pero me canso en vano:
Muy pronto habré de hundirme en el sepulcro,
Y mi espíritu incógnito volando
Partirá á esa región desconocida
Do no penetra el pensamiento humano.
¡Quédate en paz donde te sientas ahora,
Imperturbable atleta mexicano!

México, 1869.

GUSTAVO A. BAZ.

SAN JUAN DE ULUA.

A JUSTO SIERRA.

Sobre estériles arenas
Por las olas combatidas,
Con sus murallas derruidas
Y su corona de almenas,

Al confín de nuestros lares
Se eleva una fortaleza,
Cuya indomable firmeza
Fué el asombro de los mares.

La doran del sol naciente
Los primeros resplandores
Y con plácidos rumores
L'arrulla el mar blandamente.

De las huestes españolas
Ultimo refugio un día,
En ella la tiranía
Murió al compás de las olas.